

LA MUERTE DE EULALIO FERRER NO SIGNIFICA SU DESAPARICIÓN

Finalizaba el mes de marzo cuando nos llegaba desde México D. F. la noticia del fallecimiento de nuestro amigo Eulalio Ferrer Rodríguez, noticia no por presentida menos inesperada y difícil de asumir en todo su significado.

Lalio -como nosotros le llamábamos en recuerdo de su denominación familiar utilizada para firmar sus primeros reportajes periodísticos publicados en *La Región* y *El Cantábrico* (1936)-, acababa de cumplir los 89 años y, en esta ocasión no los había podido celebrar acompañado de algunos piscis como él, entre los cuales se encontraban los pintores Daniel Anguiano y José Luis Cuevas, fieles en otro tiempo a la tradicional convocatoria en la residencia familiar de Las Lomas del Pedregal. Tampoco estaba ya su esposa y compañera de tantos años, Rafaela Bohórquez, quien le había precedido en el último viaje sin saber que con su desaparición anticipada precipitaba el desánimo y la muerte de su marido.

Como cada año en la misma fecha, el 26 de febrero hablamos telefónicamente con él para felicitarle en su fiesta, cantándole unas mañanitas que suponen todo un ritual afectivo dentro del homenaje mexicano al que no era capaz de sustraerse quien desde el comienzo de su exilio en aquella nación acogedora había decidido deshacer las maletas para, algo más tarde, asumir una nacionalidad compartida con la española de refugiado. Porque México y Santander fueron las dos patrias sentimentales de Eulalio Ferrer Rodríguez, desde que pisara la tierra prometida el día 26 del mes de julio de 1940, saliendo de Burdeos en el vapor *Cuba* y llegando en

el *Santo Domingo*, como ha recordado en su libros *Santander-México* (1984) y *Páginas del exilio* (1999), y estoy seguro de que conservará esta memoria en los escritos de su otro diario parcialmente inédito aún. Tan aficionado como era a las triadas, un juego dialéctico al cual dedicó algunos ensayos, no nos resistimos a dejar aquí constancia de una suya, dotada de ciertas resonancias gerardianas: Santander, mi cuna; España, mi natura; México, mi ventura.

La celebración del cumpleaños, acompañado de sus hijos y nietos, le levantó el ánimo. Las felicitaciones recibidas se sumaron a ese momento de euforia, pero en su voz había un deje de tristeza y un sí es no es de abandono, ante el progreso de la enfermedad que poco a poco iba minando sus fuerzas y dejándole sin energías suficientes para poder afrontar el desvalimiento físico en que parecía estar sumido. Quien había hecho gala a lo largo de la mayor parte de su existencia de un control sobre su manera de ser y su forma de comportarse, con el fin de que los demás tuviéramos una imagen agradable de su personalidad, temía ahora la sumisión, no ante la vejez sino ante el avance inexorable de la decadencia física, porque su intelecto todavía se encontraba brillante y creativo. Quizás, como Marcelino Menéndez Pelayo, pensaba entonces en lo mucho que aún le quedaba por leer, pero también por escribir, producto de esa memoria privilegiada capaz de rememorar los pasajes más diversos de toda una vida repleta de situaciones y también de emociones, de nombres y de paisajes enriquecedores para alguien que siempre quiso vivir dando, pero que, al mismo tiempo, demandaba de los demás lo mejor que tenían y que podían proporcionarle: la amistad.

A pesar de su cambiante estado de ánimo, en el transcurso de nuestra última conversación le arrancamos casi a la fuerza un compromiso para el próximo verano en Santander, como si quisiéramos hacer nuestros, cuatro décadas más tarde, aquellos brindis de los exiliados cuando se prometían estar el año siguiente en España, pero no como vencidos sino como nuevos vencedores. Una victoria –moral, si se quiere, pero rica en experiencias y emociones- que en su mayoría no llegaron a conocer, pero que el antaño jovencísimo exiliado Eulalio Ferrer pudo saborear todavía durante mucho tiempo, aún embargándole la emoción de quien era consciente de que su padre, viejo militante socialista y tipógrafo, había fallecido sin llegar a conocer las mieles de un triunfo que la biología hacía pesar sobre la larga tiranía de un régimen impuesto por las armas.

No pudo ser, porque una vez más el organismo presionado por el estado de ánimo pasó factura a este hombre que había sido capaz de superar situaciones tan crueles como las derivadas de la guerra civil española, en cuyos frentes llegó a ser quizás el capitán más joven del ejército republicano, o las de sus estancias en los campos de internamiento franceses de Argelès-

sur-mer y Saint Cyprien, que han sido pormenorizadamente descritas en su libro *Entre alambradas. Diario de los campos de concentración en Francia* (1986), del cual también existe una edición francesa poco conocida (1993) y el proyecto hasta la fecha no realizado de rodar una versión cinematográfica.

Eulalio Ferrer Rodríguez había conocido y tratado con mucha frecuencia y enorme respeto al diputado socialista cántabro Bruno Alonso, tanto en su etapa santanderina -en la cual actuó durante algún tiempo en calidad de secretario suyo-, como durante los dilatados años en que ambos coincidieron en el exilio mexicano, asistiendo a los momentos finales del anciano político y dirigente obrero y encargándose también de difundir su testamento espiritual y su memoria... porque otra cosa no dejó quien partiera de este mundo tan ligero de equipaje como muchos años atrás lo hiciera Antonio Machado, del que el joven socialista Ferrer tomó el relevo espiritual el mismo día en que, recién traspasada la frontera, utilizó su capote de militar republicano derrotado para cubrir la desolación de un poeta que sentía ya en su corazón aquel hielo procedente de una de las dos Españas cantadas en sus versos. Unos versos que más adelante le sonarían de manera mucho más contundente, profética y apocalíptica en la voz de otro de los transterrados: León Felipe, el antiguo boticario de la santanderina Plaza de la Esperanza.

Fue generoso con las instituciones públicas, las entidades colectivas así como con las personas individuales. En esto se asemejaba, de alguna manera, a los antiguos indianos -término que él no aceptaba para sí, evidentemente-, aquellos que regresaban a su patria chica tierra y se preciaban de contribuir con su apoyo económico a elevar el nivel cultural y social de las gentes del lugar, con el fin de que las nuevas generaciones no se vieran abocadas a sufrir similares carencias y penalidades como las que a ellos les habían obligado un día a probar el duro pan de la emigración.

Esta misma generosidad le llevó a actuar como mecenas -otro término que él rechazaba, entre otras cosas porque entendía que la obra atribuida a Mecenas había sido magnificada, por no decir tergiversada-. Resultado de su labor filantrópica quedan repartidas obras y aportaciones por Cantabria, por España y por América. En Cantabria, imágenes cervantinas ubicadas en algunas de sus calles, como homenaje al creador del *Quijote*, su libro de cabecera tanto en los momentos duros como en los boyantes, además del Premio Internacional Menéndez Pelayo y otras recompensas para el estímulo de la investigación docente y no docente. En México, sobre todo, la monumental obra que a través de la Fundación Cervantina, creada y presidida por él mismo, ha dejado en la ciudad de Guanajuato, en forma del Museo Iconográfico del Quijote, iniciado en 1987 a partir de la donación de su colección de pintura y escultura relacionada con el *Quijote*, y en cuyas instalaciones se albergan hoy cerca de un millar de

piezas procedentes de los artistas plásticos más importantes de nuestro tiempo.

Su devoción por este personaje y por cuanto significa en la literatura pero también en su vida personal —como recientemente ha quedado plasmado en el documental televisivo *Eulalio Ferrer: un quijote en el exilio* (2007)-, parece iniciarse en un campo de internamiento, al cambiar un ejemplar de la edición Calleja de 1902 por un paquete de cigarrillos. Pero su relación con la obra cervantina se remonta algo más atrás, cuando siendo todavía un niño interpretó uno de los entremeses de este autor, bajo la dirección escénica de la periodista Matilde Zapata. Mientras redacto esta necrológica solicitada, estoy preparando mi intervención en el XX Coloquio Cervantino, un encuentro monográfico que todos los años tiene lugar en la ciudad de Guanajuato, y presiento que en el transcurso de esta edición —la primera sin su patrocinador- sentiremos la presencia invisible de quien logró hacer del Quijote de ficción un vecino más de la América española, convirtiendo en realidad quijotesca el deseo nunca satisfecho de su creador de poder trasladarse a las Indias para iniciar una vida nueva. Claro que entonces Don Quijote nunca hubiera nacido.

El pensamiento así como la tarea profesional como investigador y comunicador de Eulalio Ferrer quedarán para el futuro plasmados en las páginas de las tres decenas de libros publicados, en la continuidad del importante Grupo Ferrer de Comunicación iniciado en 1960 en México y, también, en el recuerdo de las largas conversaciones mantenidas y en las confidencias que de él recibimos sus amigos, con las cuales, sumadas a los «papelucos» que periódicamente nos hacía llegar desde la lejanía, habría materia suficiente para llenar algunos volúmenes capaces de prolongar su propia biografía.

Pero, además, y esto nos interesa subrayarlo especialmente, Eulalio Ferrer Rodríguez ha sido y es la figura cántabra más representativa entre los centenares de miles de hombres y mujeres a quienes una guerra civil fratricida arrojó en su día fuera de su patria, superando la cifra de veinte mil personas las procedentes como él de Cantabria. Es la voz más representativa pero también quizás la más afortunada, dicho sea esto en el más amplio y enriquecedor sentido de la palabra, entre las de tantas familias que a un lado y otro del océano que les separaba, vivieron y soñaron pensando en una España en paz, en libertad y en democracia, acogidas en su gran mayoría en México gracias a la decisión humanitaria, solidaria y lúcida del presidente Lázaro Cárdenas.

Miembro Correspondiente de la Real Academia Española y miembro de número de la Mexicana, su apuesta por la lengua de Cervantes le condujo en los últimos años de su vida a fabular una novela, la única publicada por él,

en la cual proyectó sus más recónditos deseos de un mecenazgo nunca ocultado, junto a la fantasía de conseguir un espléndido futuro para nuestra lengua. Son las páginas de *Háblame en español* (2007) un auténtico testamento, con cuya lectura podemos hacernos una idea de lo que su autor hubiera podido llegar a hacer de haber tenido más posibilidades de cuantas la vida le concedió.

Por todas estas razones, y por muchas más que alargarían en demasía este escrito, la Fundación Bruno Alonso –de la que era patrono de honor– decidió en su día solicitar del Ayuntamiento de Santander el nombramiento de Hijo Predilecto de la Ciudad, considerando que en su persona se reunían las cualidades que deben exigirse a toda persona propuesta para el título más preciado que pueda otorgar un municipio. De esta manera, se convirtió por partida doble en un hijo de Santander.

J. R. SAIZ VIADERO
FUNDACIÓN BRUNO ALONSO. SANTANDER.